

CONOCIENDO A UNAMUNO: APORTACIONES DE CÉSAR GONZÁLEZ-RUANO A LA VIDA Y OBRA DEL ESCRITOR VASCO

*Getting to know Unamuno: César González-Ruano's
contributions to the life and work of the Basque writer*

Manuel CIFO GONZÁLEZ

Catedrático de Lengua y Literatura del I.E.S. Licenciado Cascales (Murcia)

RESUMEN: El presente trabajo pretende acercar al lector a la visión que de Miguel de Unamuno tiene el periodista y crítico madrileño César González-Ruano, mediante el análisis de los textos más significativos publicados por el mismo. En síntesis, podría afirmarse que este escritor parte de una posición inicial de cierto rechazo y que, poco a poco, va evolucionando hacia una consideración más positiva, en la que destacan la mezcla de admiración hacia su obra y la falta de simpatía personal.

Palabras claves: admiración-conceptos, antipatía-formas.

ABSTRACT: The present work intends to bring the reader closer to the journalist and critic from Madrid César González-Ruano's view on Miguel de Unamuno, through the analysis of the most outstanding texts published by himself. Summing up, it could be stated that this writer moves gradually from an initial certain refusal to a more positive consideration, in which the mixture of admiration towards his work and the lack of personal empathy is relevant.

Key words: admiration-concepts, dislike-forms.

A lo largo del pasado año 2003, se celebró el centenario del nacimiento del escritor madrileño César González-Ruano (1903-1965), que es autor de una amplia y variada obra periodística, además de algunos libros de ensayos, novelas y cuentos.

Entre la variada temática tratada en sus artículos y en sus ensayos, nos parecen especialmente interesantes la gran cantidad de textos en los que trata asuntos relativos a la vida y obra de escritores españoles, cuya enumeración sería harto prolija, pero de la que destacaríamos a los componentes de la llamada Generación del 98, y de forma muy particular a Azorín, Miguel de Unamuno y Pío Baroja.

Por eso mismo, y como una modesta contribución a ese centenario, hemos querido acercarnos a la visión que César González-Ruano ha tenido de don Miguel de Unamuno, tanto en sus artículos periodísticos como en sus libros de ensayos y memorias. Y, para que esta panorámica tenga una cierta perspectiva histórica, lo hemos hecho de forma cronológica, de modo que se pueda apreciar mejor la evolución y la maduración de su pensamiento y sus juicios críticos, algunos de los cuales podrán ser plenamente compartidos por los lectores del presente trabajo, mientras que otros serían bastante discutibles. Por nuestra parte, y dadas las lógicas limitaciones derivadas de la extensión del mismo, nos hemos limitado a aportar sus opiniones más significativas y relevantes, sin emitir juicio crítico al respecto y dejando que cada uno de los lectores saque sus propias conclusiones.

Así pues, comenzamos este estudio con una de las primeras referencias de César González-Ruano sobre Unamuno, que aparece en el diario conservador *La época*, de 18 de junio de 1927, en un artículo titulado «Una actitud polémica. Al margen de *Instantes*, por José María Salaverría». En dicho artículo alude el periodista a otro libro de este escritor vasco, el que lleva por título *Retratos*, del que afirma que es su mejor obra, «un libro fino, nervioso, donde Salaverría acentúa y entrecomilla lo que conviene, convirtiéndose en un pintor que domina la técnica pictórica, la química de los colores acaso agrios, con la acritud racial, vasca, y un poco escéptica de quien se acerca a figuras —como la de Unamuno y Ortega y Gasset, por ejemplo— que pierden con la cercanía, con la atenta observación, manifestándose con todos sus defectos, que tienen que producir, como no podía ser de otro modo, los consiguientes reparos»¹. Opinión, como se puede comprobar, no muy positiva que digamos, pero que, con el paso del tiempo, irá cambiando, poco a poco, hacia una cierta y reconocida admiración hacia el rector salmantino, aunque con las oportunas matizaciones propias del momento o de la ocasión que se trate.

Así, el 13 de junio de 1929, en el *Heraldo de Madrid* publica «El crítico y su tiempo. Leopoldo Alas, *Clarín*», en donde, entre otras cosas, establece un pequeño parangón entre el autor de *La Regenta* y el escritor vasco, dado que, según González-Ruano, «el zamorano de Oviedo pasó toda su vida en esa crisis de soledad que forjó el hondo sentimiento trágico de Ángel Ganivet y de Miguel de Unamuno»².

1. César GONZÁLEZ-RUANO, *Obra periodística (1925-1936)*, Madrid, Fundación Cultural Mapfre Vida, 2002, p. 82.

2. *Idem*, p. 283.

Mucho más extensa y precisa es la relación que establece entre don Miguel y el escritor italiano Giovanni Papini, en el artículo «Al margen de dos nombres. Juan Papini y Miguel de Unamuno», publicado en el *Heraldo de Madrid*, de 13 de marzo de 1930. Según él, a pesar de que de Unamuno a Papini «hay un mundo» y de que ambos corresponden a dos ciclos bien diferenciados, el italiano tendría «un gesto anacrónico de precursor», hasta el punto de que «los antecedentes del conflicto tenido por original en *Seis personajes en busca de autor* y *Abel Sánchez* están, concretamente, en un cuento de Papini: en *El trágico cotidiano*»³.

A renglón seguido, afirma que «las coincidencias son de fermentación intelectual. Ambos se colocan en la orgullosa actitud del superhombre a quien el mundo le viene pequeño. Resumiendo: la sentimentalidad de ambos, que es romántica, nace del contraste de la vida que ambicionaban y la vida real que les sorprende. Contemplada esta vida real, en Papini hay la modestia del artista que no tiene inconveniente en participar de una nueva observancia: la católica, mientras que Unamuno, confundido entre el caos del Cristo y la aplicación de este Cristo a la zarabanda pública de la política, confiesa que terminará metiéndose fraile sin acabar de creer en Dios»⁴.

Otra diferencia entre estos dos escritores provendría, según González-Ruano, de «su sentimiento poético aplicado al verso». Mientras en la poesía de Papini prevalecen la belleza, la espontaneidad y el dominio formal sobre el concepto, «la poesía de Unamuno es absolutamente de conceptos, como puede serlo la de Fray Luis de León, por ejemplo. Los conceptos en él, se imponen a su misma inspiración»⁵.

Y, por último, al comparar las obras *Panne e vino* y *Romancero del destierro*, observa que en ambas existe una inspiración de la tierra, de lo vernáculo. Y afirma que, en los dos casos, se trata de «Ulises, que vuelve y canta, sobre el fondo del paisaje de Toscana o del Lacio, las sencillas y clásicas figuras de La Sposa y de sus hijas Viola y Gioconda. El otro también es Ulises. Un Ulises expulsado por la espuela y el sable petroniano, que recuerda su patria y la increpa porque es más pequeña que su fervor y cree que no cabría ya en ella su pecho. Es un momento emocional coincidente y rico en sugerencias. El ascetismo de Unamuno se pierde en una ola iracunda y política. El de Papini se gana en las ásperas luminosidades del yermo. El italiano muere con este retorno, que es un éxodo dulce y ascético común al declive de la vida, lógico y humano después del irritado oleaje de su juventud, de aquella encrespada calidad de 'Un uomo finito'. En Unamuno la agonía biológica, en plena rebelión mental, quiere aún ponerse en pie»⁶.

También en el *Heraldo de Madrid*, aparece publicado el artículo «Castilla y sus exegetas. A propósito de un libro de F. Guillén Salaya», con fecha 12 de junio de

3. *Idem*, p. 374.

4. *Ibidem*.

5. *Ibidem*.

6. *Idem*, p. 375.

1930. Una región, Castilla, que «ha sabido sugerir todas las incitaciones de lo externo, y también de lo hondo y sustancial» y que ha inspirado y ha creado la mejor literatura de un escritor como José Martínez Ruiz, *Azorín*, «y la más completa y diversa de don Miguel de Unamuno, en quien se humaniza el paisaje, haciéndose a través de sus libros una gran voz y un gran sentimiento, imprimiendo en el acento el máximo sentido exegético, cantando su Castilla del mismo modo que Barrés cantó los campos de su Lorena»⁷.

Un día después, y en el mismo medio periodístico, publica «Después de las agitadas horas madrileñas, las serenas horas salmantinas. Una tarde con don Miguel de Unamuno en Salamanca». Se trata, sin duda alguna, de un artículo de gran interés, dado que su contenido se repetirá en varias ocasiones. Concretamente, aparecerá recogido de forma íntegra y textual en el capítulo titulado «Miguel de Unamuno (Una hora de la calle de Bordadores al Café Novelty)», del libro *Caras, caretas y carotas*, publicado en ese mismo año 1930, con la única diferencia de que el artículo publicado en el *Heraldo de Madrid* concluye con una frase que no aparece en el texto del libro: «Supongo que este artículo se podrá publicar»⁸.

En ambos textos da cuenta César González-Ruano de cómo decidió ir a Salamanca en automóvil para visitar a Unamuno, en su casa de la calle de Bordadores. Una vez en ella, describe su biblioteca particular y el aspecto físico de don Miguel, con su traje azul oscuro, su chaleco muy alto, «cerrado hasta el cuello de una camisa blanda, de dormir, cuyos puños redondos se abrochan con un botón y no con gemelos. La barba triangular, levantada en su punta, forma una media luna perfecta con la frente abombada, espaciosa, y la nariz perfecta cruzada por el caballete de unas gafas, detrás de cuyos espejuelos están esos ojos vivos, de encrespada mirada polémica, que miran siempre de frente, un poco de abajo a arriba, con una cierta petulancia de observación»⁹.

Una imagen ésta de Unamuno a la que González-Ruano define como su «uniforme civil» y que aparece recogida casi de forma textual en el apartado titulado «Vida de Miguel de Unamuno» que figura al frente de su obra *Vida, pensamiento y aventura de Miguel de Unamuno*, publicado por la editorial Aguilar en 1930, a la que nos vamos a referir inmediatamente.

Pero, volviendo al artículo recogido en el *Heraldo de Madrid* y en *Caras, caretas y carotas*, hemos de señalar que el periodista anota también otros detalles interesantes, como el hecho de que Unamuno le leyera en su casa «un buen puñado de versos», que eran «la continuación inédita de un libro poco conocido en España, *De Fuerteventura a París*. Poesías, sonetos casi todo escritos en Hendaya», así como su peculiar forma de tomar café exprés, echando en él «todos los terrones menos

7. *Idem*, p. 399.

8. *Idem*, p. 404. El artículo del libro *Caras, caretas y carotas* aparece recogido en la edición de la Biblioteca Atlántico, de Madrid, en 1930, pp. 115-119.

9. *Idem*, p. 403.

uno. Cuando ha terminado el café deja caer en la taza el último terrón de azúcar, echa en la taza unas cucharadas de agua y se bebe de un sorbo, como quien toma una aspirina, aquel brebaje¹⁰.

A continuación, transcribe el contenido de la breve tertulia mantenida por Unamuno en el Casino a propósito de la salida o no como diputado por Salamanca de Diego Veloz, alguien a quien don Miguel niega tal posibilidad, al igual que lo hace respecto de otra persona, cuyo nombre no facilita González-Ruano, aunque apunta que se trata de «una autoridad salmantina». Alguien que, en opinión de Unamuno, no podría ser elegido, ya que se trata de un «tonto peligroso».

Y, para concluir el relato de su visita al escritor vasco, cuenta cómo, en el café Novelty, éste le explicó su nueva obra teatral, *El otro*, a la que González-Ruano califica como una hermosa obra «donde se dignifica a Caín y execra la figura de Abel, que es, en realidad, quien mata la vida de su hermano»¹¹. A continuación, el auto enfila la carretera de regreso a Madrid.

Pues bien, la mayor parte de estos detalles, son reproducidos de forma casi textual en ese capítulo inicial del libro *Vida, pensamiento y aventura de Miguel de Unamuno*, así como en otros textos posteriores, tales como *Siluetas de escritores contemporáneos* (1949), *Mi medio siglo se confiesa a medias: memorias* (1951) y *La memoria veranea* (1960), como enseguida vamos a tener ocasión de comentar.

En efecto, ocurre que, al menos en el caso concreto de Miguel de Unamuno, el periodista y crítico César González-Ruano tiene la costumbre de repetir, en distintos momentos y lugares, algunos escritos anteriores, incluso con una reproducción exacta de los mismos. Así, tomando como punto de partida su estudio más completo y más conocido, que es esa biografía editada por Aguilar en el verano de 1930 —reeditado en 1953— podremos observar algunas curiosas coincidencias.

En el prólogo de la primera edición cuenta cómo, cuando su amigo Aguilar le encargó una «Vida de Unamuno», decidió tomarse «doce horas» para ir a Salamanca, preguntar a Unamuno cuál era su concepto de una biografía, impresionarse de la «última hora Unamuno» y regresar a darle una contestación.

Acto seguido pasa a referirse a lo que Unamuno representaba para él y para los de su generación: algo parecido a un mito. «Siempre que hacía falta poner ejemplo de varón sabio y ejemplar, de puridad y aislamiento, de quijotesca independencia, en suma, yo citaba a don Miguel de Unamuno. Esta intuición, este sentimiento de valor admitido, ha acompañado fielmente a don Miguel y es la base de su crédito entre los hombres de todos los pelajes literarios»¹².

10. *Idem*, p. 403.

11. *Idem*, p. 404.

12. *Miguel de Unamuno*, Barcelona, Ediciones G.P., 1959, p. 11. Se trata del texto correspondiente a la segunda edición de la *Vida, pensamiento y aventura de Miguel de Unamuno*, publicada por Ediciones El Grifón, en 1954. Y, con muy ligeros retoques de estilo, se repite este pasaje en *Siluetas de escritores*

Según González-Ruano, Unamuno, a sus sesenta y seis años, es «un hombre perfectamente bien plantado en tierra», que «presume de hombre, como al pensar presume de pensamiento; al escribir, de escritor; al hablar, de gran dialéctico, y al mirar, de que se enterara de sí mismo y le importa poco a quién mira»¹³.

Otra característica que destaca en la personalidad de Unamuno, y que recoge en todos los textos a los que hemos hecho referencia, es su «cierta petulancia de observador inexorable y también de cazador de errores y defectos», que él aprecia en todos los rasgos y gestos del escritor vasco:

Entonces, cuando han cazado el error en nuestra palabra, los ojos nos miran obstinadamente, y don Miguel, moviendo la cabeza, poniéndose rojo, a poca importancia que la cosa tenga, dice con un inconfundible tono de voz chillona y cauta a la vez: «¡No, no, no, no, no!», al tiempo que con su índice dice que no, y su barba dice que no, y las arrugas de su frente dicen que no, y todo el ambiente se llena de ese «no» que prepara como un niego escolástico la opinión que don Miguel lanza después, mesándose esa barba que auxilia poderosamente su formidable precisión dialéctica¹⁴.

Algo que González-Ruano pretende dejar muy claro en todos esos textos que venimos mencionando es que la visión de don Miguel que él transmite viene a ser el resultado de unas reflexiones y unas consideraciones bastante objetivas, por cuanto en ellas no hay apasionamiento alguno hacia la persona y las ideas del escritor vasco; más bien, al contrario, están realizadas desde un distanciamiento intelectual muy meditado y calculado:

Siempre le he oído sin apasionarme, cuidando de no interesar mi corazón en su aventura, viéndole, como un espectador, retorcer, por los cuernos, al toro de la idea, en la arena de su palabra, observándole desde mi supuesta insignificancia, viéndole cómo se desnudaba en la equivocada confianza de que todos son incapaces de verle con ojos inteligentes. Así he podido llegar a varias conclusiones de ese su sentimiento trágico de la personalidad, de ese egotismo que, si es un defecto, ha sido un defecto canalizable en fuerza, conclusiones de observación que han de afianzar mi visión unamunesca a lo largo de este libro¹⁵.

contemporáneos —Madrid, Editora Nacional, 1949, pp. 21-22—, en *Mi medio siglo se confiesa a medias* —Barcelona, Noguer, 1951, p. 255—, en un artículo aparecido en el diario *Arriba*, el 31 de julio de 1955, con el título de «La memoria veranea. Evocación de Miguel de Unamuno», y en el libro *La memoria veranea*, Barcelona, Rafael Borrás, 1960, pp. 195-196. Por cierto, hay que señalar que el texto recogido en este último libro es el mismo que el aparecido, cinco años antes, en el diario *Arriba*.

13. *Ibidem*, p. 13. En *Siluetas...* (p. 22) y en *Mi medio siglo...* (p. 256), el periodista cambia la frase «le importa poco a quién mira» por esta otra: «los demás le importaban un pimiento». En cambio, en *La memoria...* (p. 196), después de «gran dialéctico», cambia el texto con el que se cierra el párrafo por este otro, algo más elogioso y menos duro: «Tenía, desde luego, mucho de qué presumir, pero todo en él era estudiado y más retórico de lo que humanamente me hubiera gustado». Tal vez este cambio responda al hecho de que, con el paso de los años, la poca simpatía que siempre confesó tener por Unamuno fuera dando paso a una mayor objetividad e imparcialidad en su perspectiva crítica.

14. *Idem*, p. 14.

15. *Idem*, p. 15.

No obstante, y aunque en este capítulo introductorio del libro no hace mención a ello, resulta obligado mencionar algún otro detalle que, al menos en apariencia, podría contradecir esta pretendida y presumida objetividad de González-Ruano. Es el caso de que, tanto en *Siluetas de escritores contemporáneos*, como en *Mi medio siglo se confiesa a medias*, apunta que se había desplazado a Salamanca, en la mañana del 24 de marzo, para mostrarle, como un gesto de cortesía, las galeadas del libro que sobre él estaba escribiendo, y el mismo al que nos estamos refiriendo. Unamuno leyó todos los capítulos del libro, mostrando especial interés por los apéndices del mismo —a los que más adelante tendremos ocasión de referirnos— y, de cuando en cuando, le corregía alguna fecha, le ampliaba un dato y lo miraba con ojos inquisitivos. «Al final me dijo que el libro le parecía bien, aunque no estaba escrito con simpatía. Era verdad. Eso de la simpatía es un sentimiento insobornable, cuya razón muchas veces no encuentra razones ni en nosotros mismos. Yo no tuve nunca simpatía por don Miguel de Unamuno. Me apartaban de considerarle una criatura amable muchos y no siempre justos detalles: su egotismo, su castidad, su apostolado de Carlyle a la española, su lío religioso y su aldeanismo seco y escamón, desde el que captó y pretendió la universalidad»¹⁶.

En cambio, en los dos textos publicados de *La memoria veranea*, atenúa un poco el tono crítico de esas afirmaciones anteriores y afirma que siente por él, cuando menos, admiración, a la vez que reconoce la existencia de algunos puntos de unión entre ambos:

Al final de la lectura en el Novelty me dijo un tanto fríamente que el libro le parecía bien, pero que no estaba escrito con simpatía. Era verdad. Yo le admiraba, pero no me inspiraba amor, porque en nada —salvando las naturales y enormes distancias— coincidíamos. Me reventaban su egoísmo, su apostolado de Carlyle a la española, su horrenda castidad, su aldeanía seca y desconfiada, su lío religioso, su «contra esto y aquello». De pronto [me] unían a él algunos aspectos genialmente cerriles, como aquella decidida idea de que no había que europeizar a España, sino españolizar a Europa. De pronto también me unían a él asperezas de la conversación¹⁷.

Pero una de las cosas que confiesa que también le molestaban, además de su peculiar forma de tomar el café, era su tacañería, a la que, por supuesto, tampoco alude en ninguna de las dos ediciones de su biografía unamuniana. Sí lo hace, en cambio, en los otros textos que estamos tomando en consideración. Así, menciona lo fastidioso que le resultaba «su sentido reverencial del dinero o, por otro nombre, roñosería. Hay mil anécdotas de este vicio, pero en Salamanca tuve ocasión de apuntar la mil y una. Yo, que había ido allí en un auto alquilado sólo por la atención de no publicar mi libro sin su visto bueno; yo, que era un joven de veintitantos años y forastero, comí solo, porque él no me convidó a comer, y aun pagué

16. *Siluetas...*, p. 25 y *Mi medio siglo...*p. 258.

17. *La memoria veranea*, p. 198.

siempre las pequeñas consumiciones que íbamos haciendo. Sólo al final, casi al despedirnos, cuando llamé al camarero para pagar por última vez dos cafés, Unamuno pegó grandes voces:

—¡No, no, no! ¡De ninguna manera! Paguemos cada uno el nuestro.
El café valía treinta o cuarenta céntimos.¹⁸

Y con esta anécdota se cierran los capítulos que dedica a Unamuno en los libros *Siluetas de escritores contemporáneos* y *Mi medio siglo se confiesa a medias*. Anécdota que se repite, casi en los mismos términos, en *La memoria veranea*, si bien añade que, después, desde el Casino fueron dando un paseo hasta el Novelty, en donde Unamuno pidió una caña de cerveza, la cual, aunque no lo explicita, se supone que también pagaría González-Ruano, a tenor de lo afirmado en el texto anteriormente citado.

De las ideas que aparecen expuestas en ese capítulo introductorio del libro, es necesario mencionar una que también figura, en términos muy parecidos, en el texto de *La memoria veranea*, a propósito de la censura, a la que Unamuno considera una auténtica maldad:

—Aquí, el otro día, tacharon de un artículo la palabra taparrabos. Crea usted que la maldad no me conmueve, ni con mucho, tanto como la tontería. Un tonto es un criminal. A veces me dicen de alguien: «Hay que dejarlo, porque es tonto». Y yo protesto, en el límite de la indignación. «No, no, no, no hay que dejarlo, porque sea tonto. Si tan tonto es, que se suicide y no estorbe».¹⁹

Otra cuestión que también se recoge, de forma textual, en la *Vida, pensamiento y aventura de Miguel de Unamuno* y en *La memoria veranea* es el concepto de biografía que tenía el escritor vasco. Tras exponer, en cinco puntos, la opinión de Unamuno y como conclusión a la misma, señala González-Ruano que el escritor vasco y él coincidían en la idea de que «un libro biográfico no es una simple y angustiosa recopilación de fechas. Veíamos juntos que lo importante es sorprender al individuo en su movimiento, en su ambiente, en su personalidad; captar la órbita y proyección de su pensamiento y sentimiento, importando muy poco que algunos momentos grises de su existencia aparezcan o no en el libro»²⁰.

Con estos planteamientos previos y con «un intento de captación en el amor de la impresión y en su sueño», elabora una biografía compuesta por diez capítulos en los que recoge los episodios a su juicio más significativos de la vida y la personalidad de Unamuno, y por diez apéndices destinados a comentar la importancia de su personalidad y de su obra artística.

18. *Siluetas...*, pp. 25-26 y *Mi medio siglo...*, p. 259.

19. *Vida...*, p. 16

20. *Vida...*, pp. 18-19.

Respecto de la infancia de Unamuno, y apoyándose en su libro *Recuerdos de niñez y de mocedad*, opina González-Ruano que «don Miguel, como don Quijote, tiene una corta niñez. Las infancias largas no se hicieron para los héroes, sino para los contemplativos y para los tristes. En cambio, Hamlet vive una infancia larga»²¹. Fue la suya una niñez «tranquila, reposada, serena, un poco abismada», sin despuntar apenas en nada, aunque con una «vivaz curiosidad» y «una simplicidad de inocente» que no le abandonarían nunca.

Señala, también, que la caída de una bomba sobre el tejado de una casa próxima a la de la familia Unamuno, el 21 de febrero de 1874, sirvió para despertar en el niño la semilla de su conciencia nacional y de su conciencia social, dado que en los sucesos protagonizados por el carlismo «ve delinearse Unamuno la conciencia social del país, y esa visión infantil, mitad vista, mitad intuida y revelada en la corta tradición oral, constituye para él uno de los perfiles de la psicología española. La visión será o no equivocada, pero de ella arranca el ideario político de Unamuno su criterio regionalista y nacionalista y aun religioso»²².

Tras su período de estudios en Bilbao, en el que realiza algunas de sus primeras lecturas, entre las que González-Ruano destaca el «peligroso bautismo» que le supusieron las de Balmes, llega Unamuno a Madrid, ciudad a la que él mismo calificaba como el lugar en donde vivió su primer destierro. «Madrid me fue hostil desde el primer día, como me lo ha sido París. Tengo de aquellos años —del ochenta al ochenta y cuatro— un recuerdo confuso, triste... Sólo vivía para recordar mi tierra y soñar en volver a ella»²³.

En Madrid encontramos a un Miguel, «silencioso, triston, con la cabeza clavada en el pecho, leyendo siempre, estudiando a ratos, volviendo de la calle con ese gesto del hombre que pudo igual no haber salido», y cuyas visitas vespertinas suelen ser al Círculo Vasco-Navarro o al Ateneo, el cual estaba situado frente a la iglesia de San Luis, en la que «ha de oír Miguel su última misa»²⁴.

Tras dedicar unas breves pinceladas a algunos episodios de su vida —como la relación amorosa con Concha, su mujer de toda la vida, o su amistad con Ganivet, cuando en la primavera de 1891 ambos coincidieron en Madrid para opositar a las cátedras de griego de las Universidades de Salamanca y de Granada, respectivamente—, pasa González-Ruano a hablar de su llegada a Salamanca en el curso de 1891 y de sus primeras obras literarias.

De *Paz en la guerra* opina que «es quizá la más objetiva de las obras de Unamuno, por el empeño orgánico que la anima y el deseo de reseñar y anotar los motivos y figuras que le dieron en la niñez el primer cuadro vivo de la existencia». Y a *Entorno al casticismo* la califica como «la obra de gran importancia en

21. *Idem*, p. 22.

22. *Idem*, pp. 27-28.

23. *Idem*, p. 30.

24. *Idem*, p. 333.

lo que tiene de sagaz interpretación del alma española a través del lenguaje», porque, según González-Ruano, el idioma es «la expresión de la casta y lo castizo —en el sentido puro, en el sentido *casto* de la palabra—, las líneas de la fisonomía de un país. Castilla impuso al resto de España los rasgos de su casta, lo que significa que la nota dominante del espíritu español era de acento castellano»²⁵. Y así lo entendía también Miguel de Unamuno.

Respecto de la filosofía de Unamuno, opina que su punto de partida es la creencia de que «el absoluto es la personalidad». Una filosofía que «no puede ser más simplista» y que explicaría el hecho de que «hombres de menor contenido, como Ortega y Gasset, cuenten en la filosofía española contemporánea muy por encima de nuestro don Miguel de Unamuno [...] No puede ser fuerte una filosofía que no anhela la verdad, sino la perennidad del hombre, la continuidad de la persona, sea ésta verdad o sea ésta mentira, sea ésta vigilia o sea sueño. Unamuno siente, como Shakespeare, que estamos hechos de la madera de los sueños, y como Píndaro, que la vida es sueño de una sombra, y como Calderón, que toda la vida es sueño. Y, sin embargo, su empeño no es el de despertar, sino el de continuar durmiendo —soñando— por los siglos de los siglos»²⁶.

De ahí que el periodista madrileño califique al que considera libro central de Unamuno, *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos*, como un libro caracterizado por «un especial agnosticismo, que declara no ya la imposibilidad de creer, sino su inutilidad. ¿Qué más nos da conocer las cosas en lo que son, si hemos de morir y han de carecer de sentido?»²⁷.

Tras estos juicios críticos sobre la literatura y la filosofía que Unamuno está escribiendo en Salamanca, González-Ruano da un giro temático y pasa a referirse a la importancia que tuvo para el vasco la ciudad de Salamanca, «su segunda patria». Y, con la finalidad de que se pudiera apreciar cómo Unamuno se identificó, comprendió y cantó a esa hermosa tierra, recoge íntegramente el poema «Salamanca», que figura en su libro *Poesías*, de 1907.

Allí vive Unamuno unos años que transcurren lentos, rutinarios, sumido el rector salmantino en la «historia silente» de la ciudad castellana, y sólo rotos por alguna que otra anécdota como la que reproducimos a continuación a propósito de la insólita propuesta de un alumno en vísperas de un examen de griego y que, según González-Ruano, es rigurosamente exacta, amén de sumamente esclarecedora del carácter humano del profesor salmantino:

—Mire usted, don Miguel: yo me examino mañana. *Naturalmente*, no sé una palabra, y encuentro justificadísimo que usted me suspenda; pero quiero pedirle un favor. Mi padre viene a Salamanca exclusivamente a presenciar mis exámenes. Cree, el pobre, que soy un verdadero helenista. No quisiera defraudarle, y para esto

25. *Idem*, p. 48.

26. *Idem*, pp. 50-51.

27. *Idem*, p. 51.

me atrevo a suplicar a usted que me pregunte una lección convenida, que yo estudio esta noche como un loro. Usted, después, me pregunta otras cosas; yo no contesto, me suspende en justicia... y yo le puedo decir a mi padre que sufrí un azoramiento.

Hizo a don Miguel gracia aquella proposición, y benévolamente, acaso dispuesto a no preguntarle otra cosa, convino que le examinaría de un tema determinado: la lección 17, por ejemplo. Llega el momento del examen, y don Miguel pregunta:

—Veamos... dígame usted... el tema diecisiete.

El alumno se encoge de hombros y contesta evasivamente.

—No lo sé.

Unamuno repasa un momento su memoria... Sí; no cabe duda que convinieron el tema 17. Aún, tímido y bondadoso, le pregunta en voz baja:

—¿No era el diecisiete?...

Y el muchacho contesta:

—Sí, señor; pero como no ha venido mi padre, por fin...²⁸.

De ese modo, van pasando los años hasta 1914, fecha en que los amigos de Unamuno deciden presentarlo como candidato a senador. El problema se plantea a la hora de buscar una filiación política a un hombre que se niega en redondo a ingresar en las filas de partido alguno, a un hombre cuya preparación intelectual y cuya «personalidad» contrastan fuertemente «con el monigotismo de aquellos títeres de la política *pasillesca* madrileña». Y fue entonces cuando Bergamín destituyó a Unamuno como rector de la Universidad de Salamanca y cuando, según González-Ruano, nació «la fobia unamunesca al régimen monárquico»:

Siempre ha creído don Miguel, no sé si con absoluta verdad o con exageración, haciendo realidad de una intención acaso subconsciente, que la persona de don Alfonso XIII tenía determinado interés en mostrarle su 'generosidad'. Más tarde, cuando su destierro a Fuerteventura, lo dice claramente y sin rodeos. Ahora, refiriéndose a la destitución del Rectorado por Bergamín, él me ha dicho concretamente:

—Creo que aquello fue una de tantas maniobras palaciegas, y que se esperaba que yo fuera al Rey con la queja de un atropello para que él me atara con el favor de hacerme justicia²⁹.

Otro aspecto que destaca convenientemente el biógrafo en la personalidad de su personaje es su gusto por viajar por las tierras españolas y conocer sus pueblos «palmo a palmo y paso a paso», interesándose más por las iglesias y ruinas que por las innovaciones agrícolas, como «pájaro de rápido sesgo que fija sus ojos en el pasado con pertinencia lamentosa»³⁰.

28. *Idem*, pp. 57-58.

29. *Idem*, p. 62. Esas palabras de Unamuno acerca de lo que él pensaba que era la actuación del Rey aparecen recogidas también en el artículo de *La memoria veranea*, pp. 197-198.

30. *Idem*, p. 64.

Y de ese contacto «de su alma sedienta de movimiento, de viajes ideales con la realidad de la tierra» surgen las más bellas páginas unamunianas, especialmente las de *Andanzas y visiones españolas*, «el mejor libro de Unamuno y el más característico; es decir, el que contiene más completa y puntualmente representadas todas las facetas de su espíritu. Son difícilmente olvidables sus descripciones de las rías bajas de Galicia, de las Hurdes, de la Isla Dorada —Mallorca—, de El Escorial, de Ávila...»³¹.

Como también le resultaron imposibles de olvidar las hermosas páginas que Gabriel Miró escribió a propósito de una excursión a Poblet en compañía de Miguel de Unamuno. Unas páginas que, por su larga extensión, resulta imposible reproducir en su totalidad, aunque no nos resistimos a citar el hermoso último párrafo de las mismas. Dice así Gabriel Miró:

Ese instante de mirar los términos de Poblet para hacerlos suyos desde la corona ciega del cimborrio, es el de la fotografía de don Miguel, con el manuscrito de *El Cristo de Velázquez* en el costado de su corazón. Hace catorce años. Dentro de ese tiempo, un silencio y un horizonte de soledad, de muchos años mirando concretamente, esperando, resistiendo. Se han roto en don Miguel los martillos y ha quedado intacta y pura la preciosa piedra labrada³².

De la etapa del destierro canario, destaca González-Ruano que en Fuerteventura fue en donde Unamuno le confesó que había llegado «a conocer la mar», en donde había «sorbido su alma y su doctrina». Allí daba grandes paseos, «contemplando las labores de los campesinos majoreros, viendo y entendiendo la magua —o pesar— que oprime el pecho de aquella gente. Lee y escribe. Escribe mucho: poesías, cartas, artículos para América y *Le Quotidien*, de París. Toma también baños de sol desnudo en la azotea del hotel Fuerteventura, de Puerto de Cabras. Contempla durante horas enteras el mar...»³³. El mismo mar que le permitiría partir rumbo a Francia el 9 de julio de 1924.

Del análisis que de su estancia en París hace el crítico madrileño, poco hay que destacar, salvo algunas anécdotas intrascendentes en relación con diversas visitas de escritores o periodistas. Y es que «París ha resbalado por el alma de don Miguel como la lluvia por el bronce de la estatua de Washington, que él veía desde su ventana»³⁴.

La ciudad que sí dejó honda huella en Unamuno fue Hendaya, en donde vivió cuatro años, hasta la mañana del 9 de febrero de 1930, cuando le llega la hora de

31. *Ibidem*.

32. *Idem*, p. 69. El texto completo recogido por GONZÁLEZ-RUANO sirve como cierre del capítulo VII de la biografía, pp. 67-69.

33. *Idem*, pp. 74-75.

34. *Idem*, p. 85.

regresar a España y, tras la cariñosa despedida que le hace el alcalde de dicha localidad, don Miguel le dirige estas sentidas palabras:

—Muchas gracias, señor alcalde, por sus cordiales frases. Gracias que le ruego transmita a la ciudad de Hendaya. Gracias, porque si Ortega y yo hemos podido vivir aquí ha sido por vuestro apoyo. Llevo aquí cuatro años. Tan sólo en Bilbao y en Salamanca he vivido temporadas más largas. En Bilbao, que es mi cuna; en Salamanca, que es la de mis hijos, y en Hendaya, que es la de mis últimos hijos espirituales. Aquí nace mi segunda juventud. No he de olvidar nunca mis largos paseos a la orilla del Bidasoa, que une a Francia y a España. No olvidaré tampoco nunca mi tertulia del Grand Café. Me despido de esta noble Francia para volver a España en mi segundo nacimiento³⁵.

Con la llegada de Unamuno a Salamanca y su apoteósico recibimiento, concluye la parte del libro dedicada a los datos biográficos del escritor vasco. A continuación figuran tres apéndices en los que el autor del libro analiza la visión que de Unamuno tienen Keyserling, Papini y Cassou, respectivamente.

Respecto del filósofo alemán, relata González-Ruano la entrevista que éste tuvo con Unamuno en Biarritz, a la que califica de melancólica, «por lo estéril y por lo impenetrable». No obstante, aporta un texto de Keyserling en el que se refiere al escritor vasco en estos términos:

El habitante del desierto es duro y, al mismo tiempo, fantástico. Pero, ante todo, tiene ansia de vida, pues el desierto muerto grita en demanda de éste. Sólo que este sentimiento de la vida es totalmente realista. No sueña con ningún alma etérea; sabe que es de carne y sangre. No olvidaré nunca cuando Unamuno, para demostrarme la persistencia del padre en el hijo, me refería cómo su hijo, en una ocasión, escribió durante horas sobre la mesa de mármol del café: soy de carne, soy de carne. Exactamente como él mismo. El sentimiento originario del español es el de ser carne, no el ser espíritu³⁶.

A Keyserling, en relación con Miguel de Unamuno, se volverá a referir en su libro de memorias *Mi medio siglo se confiesa a medias*, en 1951. Afirma González-Ruano que el filósofo alemán era un hombre agudo y sutil y que tenía ideas muy entretenidas e incalculables como, por ejemplo, la siguiente:

—Conozco muy pocos libros, cada día leo menos. Me interesa más conocer a los hombres que sus libros. Se capta mejor la idea. Lo mismo capto el sentido de los idiomas: sin leerlos, oyéndolos hablar. Veo mucho y leo poco. He conocido a don Miguel de Unamuno. Conviví con él cuatro o cinco días aprovechados, fecundos. Creo que su cierta exageración del sentido de España, del sentimiento trágico, ha conquistado en el mundo entero la apetencia de vuestro país y la consideración de

35. *Idem*, pp. 87-88.

36. *Idem*, p. 95.

una raza admirable. A mí me parece que no hay nación de más porvenir que España³⁷.

Pero dejemos, por ahora, el comentario de este libro y volvamos a la biografía que estamos analizando para referirnos a la admiración que, según González-Ruano, tuvo Giovanni Papini hacia Unamuno. En tal sentido, señala cómo, siendo muy joven, el italiano leía al escritor vasco. Fervoroso seguidor de «la gran escuela del Quijote», Papini acogió con tal entusiasmo a Unamuno, que en las obras de ambos se pueden rastrear ciertas concomitancias de pensamiento, como ya había indicado en el artículo de el *Heraldo de Madrid* que citamos al comienzo de este estudio. «Los cuentos de Unamuno y los de Papini traen y llevan espíritus sin carne, cuyos conflictos -esencialmente dialécticos- son los que en un razonamiento separarían a dos silogismos. Ambos cerraron los ojos al conflicto humano para no parar mientes sino en el conflicto ideal. Es ese *Abel Sánchez*, y ese es el 'Gentil hombre enfermo' del maravilloso 'Trágico cotidiano' nacido por entonces a vida quizá poco duradera»³⁸.

Y, a propósito de la consideración que Unamuno tiene de la figura de don Quijote, se hace eco González-Ruano de la opinión de Papini de que don Miguel es «el más afortunado y profundo entre los exegetas de don Quijote», por cuanto su visión del personaje creado por Cervantes no es sólo «el comentario apasionado a una obra maestra, sino es al mismo tiempo el ensayo de una sicología de la raza española en sus más sublimes momentos». Porque ocurre, según Papini, que «El don Quijote de Unamuno es profundo. No es monocorde, no tiene un carácter sólo, no encarna una idea fija. El vasco trata al manchego como una auténtica personalidad histórica, como un santo laico del que Cervantes habría sido el único e imperfecto evangelista»³⁹.

Con respecto al juicio que Jean Cassou emite sobre Miguel de Unamuno, señala González-Ruano que lo considera un extraño gigantón ibérico «con un talento desaforado y descomedidos conocimientos de todas las cosas, díscolo y revolucionario como un ruso de Ginebra, vehemente, genial y católico». Y, acto seguido, apostilla que no cree que Cassou admire a Unamuno «más que yo; pero por mi parte he procurado librarme en todo el trasunto de este libro de hacer afirmaciones desproporcionadas a una realidad que no tiene nada de miserable para precisar ser sacada de quicio, como aquí mismo pretenden unos insensatos para quienes hablar de Unamuno es decir misa o algo semejante»⁴⁰.

Tras estos tres apéndices, sitúa González-Ruano otros cinco en los que, uno a uno, aporta sus puntos de vista sobre el Unamuno ensayista, novelista, dramaturgo,

37. Ob. cit., p. 137.

38. *Idem*, p. 98.

39. *Idem*, pp. 99-100.

40. *Idem*, 102.

poeta y dibujante. Y, después, dedica otro dos a comentar el tema de Unamuno y la guerra, así como la influencia que éste ejerció sobre el pueblo español.

Para este biógrafo unamuniano, «quizá sea don Miguel de Unamuno el mayor ensayista conocido entre nosotros». Sus ensayos representan su «teatro intelectual», el «verdadero ensayo», el que «comprende la inteligencia y la sensibilidad, es decir, el temperamento». Y de sus ensayos opina que los mejores son «aquellos de acerado genio polémico, por los que pasa una contracción de cólera, y en los que da al traste con algún convencionalismo en forma de institución. Recuerdo *Ramplonerías*, *Plenitud de plenitudes* y algún otro como obras colmadas en su género, verdaderas obras maestras insuperables»⁴¹.

Por el contrario, opina que de las cosas que nunca hará Unamuno, «una de ellas, probablemente, es la novela». Porque, para hacer novelas, «no basta con hacer «un hombre real que quiera ser o no ser, como dice Unamuno en el prólogo a sus *Tres novelas ejemplares*; es necesario hacer un hombre social, es decir, una colectividad, un cosmos que, inversamente, pueda venir a reducirse a un hombre cabal en cualquier momento»⁴². La misión del novelista, según González-Ruano, no debe ser la de buscar significaciones y calar honduras en los personajes, pues este trabajo ha de corresponder al crítico o a quien lea las novelas y las contemple después de haber sido escritas. La misión del novelista debería ser semejante a la del fotógrafo que dispara su objetivo y queda en el anonimato, en la sombra, para que otros juzguen el significado y la hondura de su trabajo. En cambio, «Unamuno pertenece más al grupo de los que pasan y ven y juzgan el mundo de la novela que al de los que disparan el objetivo sin apreciar significaciones ni calar honduras»⁴³.

En su opinión, «Unamuno ha sido, es y será poeta, y nada más o menos que poeta», lo cual no quiere decir que sea alguien que domine el verso ni se preocupe de la belleza o de las corrientes poéticas en boga. Lo que quiere decir es que «Unamuno continúa haciendo sonetos, liras, sáficos, sin preocupaciones estéticas, atento a su hondo pensamiento, que adopta la expresión en verso como podía inclinarse por la del aforismo. Sus versos son hondos y graves, de emoción perfectamente contenida y ajustada a los límites de la estrofa»⁴⁴.

En sus libros de poesía destaca, sobre todo, la aspiración a lo eterno. Una aspiración que, por supuesto, es «ajena a esas preocupaciones simiescas de la vanguardia mal entendida, en la que vienen empadronándose los tontos sin carrera. (¡Y aun con carrera!)»⁴⁵. De ahí el hondo sentir que se aprecia en obras como *Poesías*, *Rosario de sonetos líricos*, *Teresa* y *Rimas de dentro*. Y, en tal sentido, se pregunta si no son también *Del sentimiento trágico de la vida* y *Vida de don Quijote y Sancho*

41. *Idem*, pp. 105-106.

42. *Idem*, p. 108.

43. *Idem*, p. 109.

44. *Idem*, p. 111.

45. *Idem*, p. 111.

«verdaderos poemas en prosa, cuyos valores líricos y poéticos son perfectamente equiparables a los de sus versos»⁴⁶.

Como muestra de la condición de aliadófilo de Unamuno, apunta el discurso que pronunció el 28 de enero de 1916 en el Palace Hotel, y de él destaca la afirmación unamuniana de que el interés cultural de esa guerra estriba en que «en ella lucha la democracia popular contra el imperialismo del Estado». Y, por eso mismo, resalta el hecho de que su decisión a favor de la causa aliada «es de pura raigambre española, castellana, cristiana. La base de su pensamiento hay que buscarla simplemente en el 'no matarás', que él entiende en el 'darás vida y la acrecentarás'. Sus contradicciones son visibles, pero no destruyen el eje de su pensamiento...»⁴⁷.

Por fin, y en relación con la posible influencia de Unamuno en el ámbito intelectual español, opina que ésta no ha sido demasiado grande, especialmente entre los jóvenes. «Desde el punto de vista político, Unamuno, hombre sin ningún ideario, atento más que nada al juego de las personas, hace sonreír un poco a la juventud. Le niegan el pensamiento político, le niegan la eficacia de la acción. Seguirían mejor a cualquier charlatán del tipo de Melquíades Álvarez o de Alcalá Zamora»⁴⁸.

Sucede que, en general, al escritor vasco se le había leído poco y que, además, no era un escritor llamado a ser popular, porque «en la evasión de su propia enclenque, construye fórmulas poco claras al pueblo, y sus ideales, sus aspiraciones las comprende muy difícilmente el público», que sólo ve en don Miguel la imagen del «revolucionario, la del pensador extraño, y, en general, la del hombre heterodoxo de su espíritu»⁴⁹.

Una vez que hemos concluido el análisis de la *Vida, pensamiento y aventura de Miguel de Unamuno*, que, como decíamos más arriba, constituye la principal aportación a los estudios unamunianos por parte de César González-Ruano, vamos a referirnos a continuación a algunos otros textos de interés con los que poder completar la visión que del escritor vasco nos ofrece el periodista y crítico madrileño.

Así, el día 3 de abril de 1931, en la revista *Nuevo mundo*, publica el artículo titulado «Este don Miguel... Una tarde en el Ateneo de Madrid». En él se hace eco, una vez más, de la ya mencionada planta física y de la indumentaria del rector salmantino, esta vez con ocasión de una visita de éste al Ateneo madrileño. Alrededor de Unamuno se ha formado un corro de personas para escuchar sus opiniones sobre temas diversos. Entre éstos surge el asunto del tedio de los españoles y don Miguel afirma lo siguiente:

46. *Idem*, p. 112.

47. *Idem*, p. 116.

48. *Idem*, p. 119.

49. *Idem*, pp. 119-120.

—¡Sí, qué gran país de tedio! Pero no es sólo, como creen ustedes, el tedio un morbo de las grandes ciudades, una enfermedad casi de clase social. Yo lo he visto crecer y extenderse en los pueblos, en los montes, en el desierto español... Tedio, tristeza, algo hondo y terrible. En la Navarra del Pirineo, la tristeza, el tedio, hacen suicidas hasta en las mujeres. Yo sé de muchos de estos desgraciados que han terminado colgándose de un árbol⁵⁰.

El 19 de septiembre de 1931, en el diario *Informaciones*, aparece el artículo «Sobre un discurso de don Miguel de Unamuno. Poesía y verdad del idioma». Un artículo que, en su totalidad, no tiene desperdicio alguno, tanto por las referencias al contenido de las palabras pronunciadas por Unamuno el día anterior, como por las apreciaciones y los comentarios que efectúa el propio González-Ruano. Así, el artículo se abre con estas elogiosas palabras:

Dólmico y solemne se alzó ayer en el hemiciclo el fuerte vasco y salmantino universal, el hombre Miguel de Unamuno, pidiendo lanza de caballero para romperla en el torneo español defendiendo el idioma. Va bien tal gesto a quien hubo siempre filosofía y angustia del lenguaje, poesía y ciencia de acento, honesta vanidad en el buen decir, que es el sentir hondo y ver claro⁵¹.

Tras esta épica presentación del personaje, el periodista confiesa la atención y la admiración que, desde antiguo, le ha merecido la obra del escritor vasco, «nuestro primer pensador y uno de nuestros mejores escritores», además de «todo un espectáculo humano», cargado de impar autoridad y de mística solvencia. Así fue como pronunció su discurso en defensa del lenguaje y hablando en cristiano, de manera que «nuestro corazón español, unitario, nuestro corazón, que sueña con el imperio espiritual de la nación española, está de fiesta»⁵².

«Honras a Miguel de Unamuno y Wenceslao Fernández Flórez» es el título del texto publicado en *Cartel* de Madrid, el 21 de abril de 1935, en el que González-Ruano elogia a estos dos hombres nombrados ciudadanos de honor de la República. Estos dos espíritus rebeldes que, de una u otra forma, mostraron su conformidad con el régimen que ahora les rendía sendos homenajes. Espíritu rebelde el del vasco, «frente a la posición tradicional de los conceptos y de las cosas. Miguel de Unamuno no estuvo nunca conforme con nada». No obstante, sus merecimientos están tan sobradamente acreditados, que hubiera resultado «notoria injusticia no recordar ahora méritos adquiridos al mismo tiempo que los valores literarios por nadie ignorados que abundan tanto en el antiguo rector de Salamanca como en el humorista comentador del mágico mundo parlamentario de la Carrera de San Jerónimo».

50. *Obra periodística*, p. 190.

51. *Idem*, p. 546.

52. *Idem*, p. 547.

El 17 de febrero de 1937, en el *ABC* de Sevilla, firma un artículo con el título de «*ABC* en Roma. Unamuno», como homenaje al gran patriota recientemente fallecido. De él destaca su gran amor a España. «Negarle a Unamuno amor y agonía, celo y esperanza por su patria, a la que, sin embargo, no supo servir, sería injusticia y ceguera de la pasión. Enterizo y libre al mismo tiempo, en atroz polémica entre lo que tenía de místico y de hereje, de clásico y de romántico, de héroe civil y de funcionario, Miguel de Unamuno, que simbolizaba exactamente el espíritu de su tiempo y el disconformismo iluminado que caracteriza los acentos de su generación, no podía *construir* a España de otro modo que con aquel lirismo un tanto seco con que ha cantado la naturaleza y con aquel corazón siempre en protesta y siempre en melancolía que era un poco como el corazón de Cervantes: un solo corazón para dos hombres que vivieron en cada uno de los dos Migueles: don Quijote y Sancho».

A continuación se lamenta González-Ruano del triste sino que ha perseguido hasta el último momento a Unamuno, «uno de los más claros valores, no sólo de la España contemporánea, sino de la historia toda del pensamiento español». Un don Miguel que, para los de su generación fue algo así como un arcángel con chaleco de pastor protestante y cuyo inconformismo «con todo lo humano y parte de lo divino hicieron de este hombre extraordinario el hombre temido como el catedrático terrible que es capaz de no querer entrar en su cátedra y tirar insultos filológicos a las ventanas de la Universidad».

Y, como final de esta loa post-mortem, el periodista se despide del escritor con estas sentidas palabras:

Padre Unamuno: El Cristo de Velázquez te lleve hasta la diestra de Dios. Que tus libros estén en la vitrina de honor del pensamiento. Pero pide a Dios tú, Miguel de Unamuno, caballerito de Azcoitia, que libre a los jóvenes de España del unamunismo; del alboroto callejero y la pedrada en nombre de la cultura y de la libertad.

Siguiendo con este recorrido cronológico sobre los estudios y artículos unamunianos de César González-Ruano, hemos de mencionar su *Antología de poetas españoles contemporáneos*, de 1946. Una obra en la que Unamuno aparece situado en el grupo de los poetas de la que él llama «agonía del romanticismo en sus últimos epígonos de transición al modernismo, que puede considerarse, desde 1833, fecha elegida por la publicación del primer libro de Salvador Rueda, hasta 1898, año que aglutina la bien definida, traída y llevada generación del noventa y ocho»⁵³.

Unos años en los que, «tres grandes figuras aisladas, tres grandes islotes de extraña e independiente personalidad ajenas al mundo rubeniano, existen también: Salvador Rueda, Miguel de Unamuno y Vicente Medina, que por derecho propio, entran de lleno en los albores cronológicos de esta antología, así como Ángel

53. *Antología de poetas españoles contemporáneos*, Barcelona, G. Gili, 1946, p. 5.

Ganivet, aunque su poesía sea pura curiosidad en comparación con su obra de pensador y ensayista⁵⁴.

Respecto de los criterios de selección, afirma que ha recogido aquellos textos que le han parecido más representativos de la obra de cada uno de los autores, dentro de las posibilidades con que contaba para acceder a las mismas. Y, en concreto, en el caso de Unamuno, se ha servido de una antología editada por Luis Felipe Vivanco y de algunas ediciones del propio don Miguel, de quien, erróneamente, afirma que murió en Salamanca el día 1 de enero de 1937.

A continuación, cita González-Ruano unas palabras de Vivanco con las que él se identifica: «Que toda la poesía de Unamuno es un gigantesco empeñarse en que el fondo sea el que califique poéticamente a la forma». Y, poco después, añade que, después de algunos años, Unamuno le sigue pareciendo más o menos igual que cuando lo trató en Madrid y en Salamanca, «una isla aislada, un poeta clásico, perfecto, antipático e impresionante, sin nexos ni parecidos de generación, unido a una poesía esencialmente castellana por lo que la suya tiene, en definitiva, de poesía esencialmente religiosa. Hay en él, también, un italianismo, una manera cívica y un misterioso lusitanismo que me ha dado muchas veces la impresión de que Unamuno es el mejor poeta portugués traducido al mejor castellano, al más áspero y exigente castellano de su tiempo»⁵⁵.

La selección de poemas realizada por González-Ruano comienza con el libro *Poesías* (1907), del que recoge los poemas titulados «Denso, denso», «Salamanca» —el mismo que había incluido en su biografía unamuniana— y «La catedral de Barcelona». De *Rosario de sonetos líricos* (1911), incluye los poemas XIV («Portugal»), LVIII («Mi cielo») y LXXXVI («A mi buitro»). *El Cristo de Velázquez* (1920), libro que cita González-Ruano en varias ocasiones, le sirve para elegir el poema xxxiii, «Barco». De los cuatro sonetos que se agrupan bajo el título genérico de «Recuerdo de la granja de Moreruela», del libro *Andanzas y visiones españolas*, escoge para su antología el primero de ellos, que comienza con el verso «En una celda solo, como en arca». Otros libros de los que extrae un poema representativo de los mismos son: *Rimas de dentro* (1923), que le aporta un sentido homenaje a su tierra natal, el titulado «Hoy te gocé, Bilbao»; *Teresa* (1924), del que elige «Te recitaba Bécquer...», y *De Fuerteventura a París* (1925), con el soneto LXI escrito en Fuerteventura, titulado «Vuelve hacia atrás la vista». En cambio, del *Romancero del destierro* (1928), toma dos poemas: «Sus hondos ojos azules» y el dedicado al hijo de Eduardo Ortega y Gasset, que lleva por título «A una pajarita de papel».

Y, como colofón, elige varios poemas del diario poético que Unamuno compuso entre 1928 y 1936 y que lleva el título de *Cancionero*: «Ap-horis-mos horiz-on» (433), «Puerta del alba» (683), «Me destierro a la memoria» (828), «Ella pasó de uno en otro» (1664) y «Agavillar cada día» (1665).

54. *Idem*, p. 8.

55. *Idem*, p. 25.

Otra obra de González-Ruano, a la que ya nos hemos referido más arriba, es su libro de memorias *Mi medio siglo se confiesa a medias* (1951). De él, además de las cuestiones que antes hemos mencionado, me parece oportuno reseñar otro dato que podría ayudar a completar la visión juvenil que de Unamuno tenía González-Ruano. Así, confiesa que a los veinte años él ya había establecido ciertas opiniones sobre algunos libros y sobre algunas personas. Por esas fechas, hacia 1923, «la revelación fue la llamada generación del noventa y ocho. Sus ideas y su modo de hacer estaban más próximas a mis preocupaciones y manera de entender la literatura. Siendo tan opuestos me gustaban hasta la exageración Baroja, Valle-Inclán y Azorín. Por concepto, pero sin despertar en mí ninguna simpatía, Unamuno»⁵⁶.

En 1951, y en vista de la buena acogida de su libro de memorias, César González-Ruano decidió iniciar un *Diario íntimo*, cuyo primer y único volumen publicado en vida del autor apareció ese mismo año. Posteriormente, el autor continuó dicho diario hasta su muerte y algunos de esos textos fueron apareciendo en el periódico *Pueblo*, de forma esporádica y bajo el epígrafe general de «Tertulia». Sería ya en 1970 cuando sus herederos decidieron publicar el libro *Diario íntimo (1951-1965)*, del que extraemos algunos de los datos más significativos.

Así, el lunes 30 de abril de 1951, apunta que dio una charla en la Residencia de Relaciones Culturales de Madrid, ante un público internacional de profesores. En dicha conferencia habló «cuatro cosas» de sus memorias y leyó «algo referente a cuatro figuras del 98: Baroja y Azorín, Unamuno y Valle-Inclán»⁵⁷. Algo que, sin duda, debió de ser más de cuatro cosas, pues a la vista del interés de los oyentes, él confiesa que se calentó y estuvo hablando más de dos horas.

El martes 20 de noviembre de ese mismo año, menciona la correspondencia existente entre Claudel y Gide y, en concreto, una carta fechada el 14 de marzo de 1916 «sobre el catolicismo peligroso, según Claudel, de nuestro Miguel de Unamuno»⁵⁸.

En relación con un desplazamiento a La Laguna para actuar como mantenedor en los Juegos Florales, el miércoles 10 de septiembre de 1952, escribe que el viaje fue bueno y que el pasaje iba completo, «con gente gris en la que apenas me fijé sino en un general bastante joven y un pastor con su alto chaleco a lo Miguel de Unamuno»⁵⁹.

El miércoles 23 de septiembre de 1953, se refiere a la preparación que está realizando de la reedición de su *Vida, pensamiento y aventura de Miguel de Unamuno*, para la colección Grifón, libro que apareció en 1954. Para dicha publicación afirma que ha tomado como base la primera edición, en cuyo texto sólo ha realizado «algunos pequeños recortes en la parte incidental y política, cuya

56. Ob. cit., p. 121.

57. *Diario íntimo (1951-1965)*, Madrid, Taurus, 1970, p. 55.

58. *Idem*, p. 180.

59. *Idem*, p. 269.

actualidad de entonces ha perdido color y razón»⁶⁰. Aparte de esto, confeccionará un pequeño prólogo y un epílogo para acompañar al texto de la edición original.

En el año 1957, concretamente el 8 de septiembre, realizó un viaje a Salamanca, ciudad que no visitaba desde la última vez en que fue a ver a Unamuno antes de la publicación de su biografía, más de veinte años atrás. Una de las primeras cosas que hizo nada más llegar fue sentarse en la misma mesa del café Novelty en la que estuvo charlando con don Miguel. Y después anota lo siguiente:

Paso la tarde andando por Salamanca hasta rendirme. Pero rendido, no consigo cansarme. He visto con tristeza la Casa de las Muertes y los balcones adonde se asomó tantos años don Miguel. Se hace difícil comprender que ninguna lápida recuerde que aquí vivió y murió Unamuno. Y se hace imperdonable⁶¹.

Durante el año 1964, con motivo del centenario de Miguel de Unamuno, se organizaron distintos actos con los que conmemorar tal efemérides, y a algunos de ellos se refiere González-Ruano en distintas ocasiones. Así, el domingo 10 de mayo, escribe en su diario que se levanta a las once y lee los periódicos. De ese modo, se entera de que el día anterior, en la facultad de Filosofía y Letras de Madrid, se había celebrado una solemne sesión en honor de Unamuno, en la que había intervenido el señor Martínez Lozano, director de Enseñanza Secundaria, y en la que había pronunciado una conferencia Adolfo Muñoz Alonso.

El domingo 7 de junio, hace mención de la publicación de una «poco afortunada pastoral de monseñor Gurrupide que publica el 'Boletín Oficial del Obispado' y reproduce —toda una página— 'La Gaceta del Norte' sobre don Miguel de Unamuno, con motivo de su próximo centenario y una estatua que algunos pensaban levantarle en Bilbao». Sobre esta pastoral opina el crítico madrileño que, sin duda, es bien intencionada, «pero obcecada, producto de no entender las cosas, también falta de caridad. Es algo triste la permanencia de esta terquedad de la que no participa ni Roma ni el clero joven. Aquí, en San Sebastián, ha ocurrido algo parecido con un busto de Baroja debido a Victorio Macho, que ha sido relegado a interiores cada vez menos visibles»⁶².

También, en relación con estos homenajes conmemorativos del centenario, señala, el 14 de septiembre, que en la redacción del diario *ABC* «van a hacer un número dedicado a Unamuno para el que no me han pedido nada y me enseñan unas cuartillas de Eugenio Montes que no podrán entrar»⁶³. Y, el jueves 5 de noviembre, comenta que asistió a una conferencia del padre Félix García, con la que se cerraba el ciclo dedicado a Unamuno en el Club Pueblo, y sobre la que

60. *Idem*, p. 464.

61. *Idem*, p. 666.

62. *Idem*, pp. 818-819.

63. *Idem*, pp. 894-895.

opina que el orador «realiza una espléndida conferencia sobre Unamuno y Dios. Hila delgado. Está valiente y humano»⁶⁴.

Una curiosa referencia a don Miguel figura recogida el miércoles 30 de diciembre de 1964, cuando habla González-Ruano de los llamados animales de compañía, de esos «seres que nos dan compañía sin robarnos soledad. Al contrario del pelmazo a quien Unamuno definía como criatura que no nos da compañía quitándonos soledad»⁶⁵. Y a esta misma figura del pelmazo volverá a aludir el 30 de agosto de 1965, con ocasión de su afirmación de que, tal vez, el único lugar de España en donde se puede estar tranquilo sea Madrid, pues es «el único lugar de España donde, si así se quiere, se puede uno aislar. Aquí la intimidad no existe. Cada bobo que se aplasta junto a uno no concibe que se pueda querer estar solo. O solo con una sola persona. Al sentarse a nuestra mesa, cree sinceramente que nos hace favor de compañía y es horrible. Recuerdo la definición que Unamuno daba del pelmazo: el que quita la soledad y no da compañía»⁶⁶.

Igualmente, en el diario *Pueblo*, con fecha 24 de octubre de 1964, apareció publicada una crónica, firmada con las iniciales C. P., en la que se da cuenta de una conferencia impartida el día anterior por César González-Ruano dentro del ciclo Unamuno organizado por el Club Pueblo en la sede de Ateneo de Huertas, 73. El título de la crónica es el de «Los Unamunos de Unamuno», el mismo utilizado por el periodista madrileño para titular su conferencia.

Además de la crónica con la noticia de la conferencia, se incluye un resumen de la misma, con algunas citas textuales de las palabras pronunciadas por González-Ruano. Así, por ejemplo, se destaca su afirmación de que para don Miguel la cosa «estaba en llevar la contraria, ese deporte intelectual que a Unamuno le gustó siempre mucho». Gusto que, con toda probabilidad, se debía al hecho de que «don Miguel de Unamuno llevaba en sí, concéntricos, violentos y tiernos, varios don Migueles, plurales Unamunos, en el drama y la comedia humana, de la que él era pirandelliano personaje».

Y, como colofón de esa conferencia y de la reseña del periódico *Pueblo*, figuran estas palabras de González Ruano que nos sirven, perfectamente, para cerrar el presente trabajo. Afirma el escritor madrileño algo que fácilmente podemos asumir y suscribir:

Celebramos hoy el centenario de su nacimiento. Igual podríamos celebrar el centenario de su muerte. Don Miguel, al margen de circunstancias anecdóticas, fue criatura intemporal. No conocí jamás un localista más universal que él. Precisamente porque el universo lo llevaba entre la carne y el chaleco. El orbe cabe en un bolsillo, señoras y señores.

64. *Idem*, p. 922.

65. *Idem*, p. 956.

66. *Idem*, p. 1087.